

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS

LOS SOCIALISMOS

Estamos en un momento en el que muchos se dicen socialistas, sin matizar ni diferenciar. Por eso, vamos a hablar, en plural, de los socialismos; ya que en esta hora, en la que electoralmente más mayorías o más amplias minorías alcanzan, los socialistas en el mundo, se vislumbra ya el fracaso ineluctable y no lejano de todos los socialismos. Los más esclarecidos propugnadores de cada uno de ellos señalan los fracasos de los demás. Aquí vamos a tratar de referirnos a todos ellos: el marxista estricto; el de las democracias europeas, que se presenta con rostro humano; el de todas las social-democracias, de las cuales el modelo sueco se considera el más perfecto y acabado; los nacional-socialismos y fascismos, e, incluso, los intervencionismos estatales de regímenes autoritarios calificados de derechas por socialistas y demócratas avanzados, pero que han desarrollado toda clase de medidas socialistas que, generalmente, han favorecido al gran capital y a la masa salarial, pero han minado a las pequeñas y medianas empresas y a la propiedad personal, empobrecido y despoblado el campo e impulsado una inflación que, un día u otro, ha de pagarse con costas e intereses de demora, en quiebras, paro, restricciones forzadas y sufrimientos.

Como introducción, nos ocuparemos del mito motor de todos los socialismos, que no es otro que el mito de la igualdad. Está en la raíz de todos ellos, como también está en la raíz de la democracia rousseauiana. Es su leit-motiv o tema principal. De la masticación de esa raíz, como producto alucinógeno, surge el ensueño utópico de la sociedad homogénea, meta siempre prometida y jamás lograda de todos los socialismos. Es preciso, pues, analizar previamente esa raíz.

I. EL MITO DE LA IGUALDAD Y LA UTOPIA DE LA SOCIEDAD HOMOGÉNEA

Vintila Horia, en un artículo titulado "SOBRE EL MITO DE LA IGUALDAD", publicado en EL ALCAZAR del 10 de febrero de 1978, habla de las raíces de muchos males de las sociedades de hoy, y profundiza en el mito de la igualdad.

«Muchos de los males de los que padecen las sociedades actuales nos caen encima desde un mismo árbol: el hecho, cada vez más evidente, de que los sistemas políticos que rigen nuestros destinos hundan sus raíces en ideologías —subproductos de filosofías y ciencias— fuera de las actuales reglas de juego ...»

«Uno de los mitos que anima esta constante decadencia es el de la igualdad, cuyo padre, Juan Jacobo Rousseau, trazaba en su ensayo, publicado en 1754 y titulado *Discurso sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres*, el derrotero de una caída universal. Ocho años más tarde, en su *Contrato social*, Rousseau completaba su pensamiento y nos enseñaba cómo desembarazarnos de la desigualdad impuesta por la moral o por la política. Todos los hombres nacen buenos, decía Rousseau; es la sociedad la que los oprime, los cambia, los deforma y los hace malos. Si hay desigualdades, una sociedad perfecta las puede igualar. Cambiando el ambiente —social, cultural, político, económico—, el hombre se vuelve igual a sí mismo. En un estado justo, transformado por una revolución, por ejemplo, todos los seres humanos repartirán entre sí el bien general, como unos ratones el queso de la vida.

»Esta utopía está en la base de todos los sistemas políticos modernos, desde el liberalismo hasta el marxismo ...»

Como fruto de esa idealización y mitificación de la igualdad, se tiende a identificar o asimilar la justicia con la igualdad. Precisamente, "JUSTICIA E IGUALDAD" es el título de un artículo de Francisco José de Sarrategui, publicado en ABC del 16 de junio de 1978, del que comenzamos por recortar sus tres primeros párrafos:

«Yo creo, sin aspavientos, que la fuente más honda y limpia de todo progreso sigue siendo la misma desde que el primer hombre no se resignó con su destino y trató de mejorar: la libertad personal. Creo también que los cimientos más firmes de una sociedad habitable se apoyan en la justicia.

»Pero es obvio que las pasiones humanas tienen un arte singular para disfrazarse de ideales. Los móviles más vulgares se ocultan —con facilidad— tras máscaras esplendorosas. Así, la derecha tradicional española ha escondido cien veces, tras "la libertad y dignidad de la persona humana", su egoísmo.

»La izquierda ha hablado mucho, hasta el tedio, de justicia. Ocultando, quizá, tras tan ilustre fachada, los escombros de la pereza, la envidia, el afán de poder y la revancha.

»Creo que la justicia es entendida, demasiado a menudo, como

igualdad. El lema "un hombre, un voto" es una de sus conquistas válidas. Teóricamente indefendible, es aceptado porque compensa, en la igualdad política, la natural desigualdad económica y social. Pero si además se quiere nivelar implacablemente una sociedad en lo económico, se la despoja de la vitalidad que sólo dan el afán de lucro y la competencia. Una desigualdad moderada es exigida por la armonía: en el arte y en la sociedad. Pero hoy la guerra al dividendo y los "aumentos lineales" en los salarios son consignas de la izquierda que, a mi juicio, se están excediendo en un afán de igualdad que, más que apoyarse en la justicia, se alimenta de revanchas y de sueños.»

«¿DÓNDE MORA LA IGUALDAD HUMANA?» es otro título oportuno de un artículo del catedrático de Metafísica de la Universidad Complutense Angel González Álvarez, publicado en ABC del 15 de abril de 1978. Leamos sus doctas consideraciones:

«El tema de la igualdad humana tiene importancia superior a toda ponderación. Solemos, empero, tratarla como cosa baladí. Damos por supuesto que todos los hombres son iguales, pero nos comportamos como si no lo fueran. Y el caso es que también es verdad que no lo son. Póngase la cualidad humana que se prefiera y compruébese la patente desigualdad de los hombres ante ella. Hay diferencias entre niños y adolescentes. Existen igualmente entre jóvenes y ancianos. También entre hombres y mujeres. Es cierto que estas diferencias de sexo o edad no arguyen superioridad ni inferioridad. Pero hay otras cualidades que se sitúan en una escala de magnitud o de valor: hay hombres fuertes o débiles, sanos o enfermos, doctos o ignorantes, buenos o malos, artistas o chapuceros.

»¿Qué hacer ante esta situación? Dadas las innegables desigualdades humanas, ¿diremos que la igualdad es una ficción legal establecida por la Constitución, como al afirmar que todos los españoles son iguales ante la Ley? Nada de eso. Todos los hombres son simultáneamente iguales y desiguales. Pero debemos advertir que los mismos sujetos sólo pueden admitir predicados contrapuestos en distinta dimensión. Todos los hombres son "específicamente" iguales y "singularmente" diferentes. Con mayor rigor filosófico: todos los hombres son iguales en cuanto a su naturaleza específica; todos son desiguales en su naturaleza individual ...»

«Todos los hombres son naturalmente iguales. En vano bus-

caremos la igualdad en el platillo de la individualidad de cada uno. Para encontrarla hay que indagar en el ámbito de la dignidad personal. Todos los hombres son iguales porque su naturaleza tiene el rango y la jerarquía de la persona. La filosofía asegura que la persona surge donde aparece el espíritu, que, como tal, exige haber sido creado con existencia perdurable.»

Sin embargo, la propaganda no hace estas consideraciones, o las rechaza apriorística y apasionadamente. Francisco José de Saralegui, en su citado artículo, comenta la fuerza actual de la propaganda igualitarista, difundida a través de los más masivos medios de comunicación social:

«En esta hora de la Historia, en que son tan densas las comunicaciones; en esta aldea planetaria murmuradora y acerba que es hoy la Humanidad, es bien fácil azuzar una atmósfera de insatisfacción.

»En esta civilización irreflexiva y crédula no es difícil cultivar sueños. Nadie más experto que los marxistas en ese onirismo cultivado que desplaza la felicidad social siempre hacia el futuro. Los apóstoles del colectivismo proponen a sus fieles una igualdad total y una ilimitada expansión de bienestar y felicidad, que se sitúa —siempre— más allá del horizonte, como la luna que quería tocar con las manos el niño andador de la fábula.

»Es lo cierto que en los países donde los marxistas han llegado al Poder hay escasez y servidumbre, y tampoco resplandece la igualdad. Pero ellos lo cubren todo con una capa de ciega fe y siguen adelante: vendiendo la futura ciudad feliz, profetizando la maravillosa sinfonía y el mañana que canta.

»Así, en poco tiempo, la reclamada fe degenera en credulidad e idolatría; no alimenta, sino envenena, los sueños colectivos. La revolución se convierte en opio del pueblo.

»Y un pueblo o un partido narcotizado es poco de fiar. Temo que los marxistas nuestros, arrastrados por ese afán de igualdad, prometen demasiado. Y quienes prometen demasiado acaban pagando con cheques sin fondos o con moneda falsa.»

Y en el anuncio del logro de la igualdad se apoya el banderín de enganche del socialismo moderno, como explica Gonzalo Fernández de la Mora en el primer párrafo de su artículo de tercera plana de ABC del 6 de mayo de 1977, "LA DESIGUALDAD SOCIALISTA":

«Desde Babeuf, guillotinado por la Revolución francesa, hasta la llegada de Lenin al Poder, el socialismo moderno se desen-

vuelve durante siglo y medio en un clima de ilusionismo político. Un socialismo programático y pendiente no podía ser juzgado por sus esporádicas realizaciones, como los horribles falansterios, sino por su promesa: suprimida la propiedad privada, se implantará la próspera igualdad en una sociedad sin clases. La mayor ventaja moral posible es ser valorado no por las obras, sino por los ideales. Esta es la óptima situación en que pretende continuar el marxismo de nuestros días: se ensalza a sí mismo por el señuelo de sus utopías y condena todo lo demás —desde el fascismo a la socialdemocracia— por el pecado de las imperfecciones reales. Tal dialéctica, la más confortable de las imaginables, ni es lícita ni es ya admisible, puesto que desde la Revolución soviética de 1917 y su extensión a media Europa en 1945, y luego a otros países, hay ya una realidad socialista que puede ser estimada objetivamente.»

Por lo demás, la ciencia no apoya ese mito igualitario, como en su indicado artículo reseña Vintila Horia, refiriéndose a la pretendida igualdad de todos los hombres.

«En un libro titulado *La desigualdad del hombre* (Ediciones Copernic, París, 1977), el psicólogo Hans J. Eysenck demuestra lo contrario, basando su estudio en las últimas investigaciones relacionadas con la genética y la psicología. Dos tendencias dominan hoy las investigaciones de este tipo: la genética, poniendo de relieve el hecho de que los seres humanos, como cada ser en la naturaleza, nace dotado de cualidades distintas, lo que, desde un principio, marca la tendencia de la naturaleza hacia la desigualdad; y los que sostienen la tesis de la influencia dominante del entorno (*environnement*), descendientes de Rousseau, pero también de las catastróficas conclusiones de Lysenko, según las cuales los caracteres adquiridos por el individuo, dentro del ambiente en que vive, se vuelven hereditarios. La falsedad de esta tesis, engarzada en el *transformismo* policíaco de los tiempos de Stalin, ha sido sobradamente demostrada. Dentro del mismo campo de la educación, todos los experimentos realizados en los Estados Unidos han puesto de relieve el poder inalterable de las cualidades genéticas —o de los defectos heredados—, y la poca influencia que el entorno social o cultural ejerce sobre los individuos. Sin embargo, una prensa politizada, anclada en las mismas aguas contaminadas por las ideologías, se ha empeñado en los últimos decenios a subrayar la importancia del entorno y el “racismo” de los defensores de la tesis genética. Los

medios de comunicación —tal como los describe Hermann Hesse en su novela *El juego de los abalorios*— han sido, en este sentido, portadores de falsos mensajes y corruptores del ambiente contemporáneo.

»Colocar en una misma clase a todos los niños de doce o de quince años, por el solo hecho de haber nacido en el mismo año, constituye, según Eysenck, un grave error, porque los niños inteligentes se aburrirán, los poco inteligentes no lograrán nunca aprender, y sólo una minoría, situada en el medio, logrará aprovechar este tipo de enseñanza. Tanto la sociedad democrática occidental como la comunista meten a los niños dentro de un horno, donde la misma temperatura tiene el papel rousseauniano de igualar a los que la naturaleza ha cortado de manera desigual. Democracia y marxismo, sometidos a la ley de la igualdad —ley utópica—, porque, ausente en el marco de la naturaleza, son sistemas creadores de la mediocridad.

»Libros como el del profesor Eysenck —no sospechoso de nazismo, porque se refugió en Inglaterra cuando Austria fue ocupada por Hitler— constituyen un auténtico esfuerzo para alcanzar la verdad, en medio de un “espíritu del tiempo” enemigo de la misma, porque estaba vinculado a todos los errores de la “era proletaria”, inaugurada hace dos siglos por el estallido de la revolución.»

La pretendida igualdad constituye en el marxismo una dialéctica especie-individuo, que tiende a transformar la sociedad socialista en un gigantesco individuo, que es el monstruo totalitario del que ya tenemos algunas muestras. El profesor González Alvarez, en su artículo citado, nos explica magistralmente el busilis de esa dialéctica.

«Es la dialéctica especie-individuo lo que aquí se pone en juego. Nadie en mejores condiciones que Carlos Marx para comprender esto. Porque se trata de una fundamental alienación humana. Pudo haber advertido que las alienaciones de que nos habla con tanta insistencia derivan precisamente de ella. Quienes admitan la unidad específica de la naturaleza humana, y Marx afirma, una y mil veces, que la esencia humana está en la especie, deben reconocer que todo hombre padece una alienación radical. No realiza íntegramente la esencia específica y, en consecuencia, deja fuera de sí, enajenadas, la mayor parte de sus virtualidades infinitas. Tiene que tolerar a su lado la existencia de otros hombres que realicen, con el mismo título que él y limitadamente también, idéntica naturaleza humana.

»Marx tenía que pagar muy alto precio a su faena de matarife de la entidad humana. Amputó la realidad de cada hombre al ver en ella pura naturaleza material en despliegue creador. Con ello se vio obligado a remitir la igualdad, predicado fundamental de la esencia humana, a la especie y atribuir las desigualdades que sufrían los hombres de su tiempo y siguen sufriendo los del nuestro a la situación alienante en que se encuentran. La esencia unitaria, en absoluta igualdad consigo misma, se realiza en el ser colectivo de la especie y no en los individuos. Actualmente esta esencia comunitaria, en la que todos los hombres están llamados a ser iguales, se encuentra desgarrada y dividida por las sangrantes desigualdades que las clases sociales introducen.

»Pero si los individuos sólo se liberan de sus diferencias absorbidos en la especie, dos cosas van a imponerse con la fuerza de los hechos. La primera consiste en que nada debe detenernos en la implantación del socialismo nivelador e igualitario. La segunda está significando que la especie, es decir, la sociedad socialista, se parecerá cada vez más a un gigantesco individuo. He ahí cumplida la constante histórica de que los extremos se tocan, aunque sea precisamente en el límite de su respectivo error.

»Hay un texto en la *Política*, de Aristóteles, que pone de relieve el acercamiento hasta la identidad del individualismo social con el socialismo que podría llamarse individual. "Es evidente —dice— que la ciudad, a medida que se haga más una, dejará de ser ciudad. La ciudad es multitud; si se reduce a la unidad, se convertirá en familia, y de familia en individuo. Guardémonos, pues, de admitir esta unidad absoluta, pues ella aniquilaría a la ciudad. Por lo demás, la ciudad no se compone sólo de hombres reunidos en mayor o menor número, sino de hombres diferentes, ya que los hombres que la componen no son iguales. Como en tantas otras ocasiones, la unidad sólo se logra respetando las diferencias."»

Sin embargo, los individuos, aunque sean gigantescos entes sociales, se componen, como todo individuo, de diversas partes, de tejidos distintos y de células desiguales. El Leviatán mata la libertad, pero no consigue la igualdad. Gonzalo Fernández de la Mora, en su referido artículo, nos muestra los hechos que así lo confirman rotundamente.

«Sesenta años de experiencia en la U.R.S.S. y treinta en otras naciones europeas son campo experimental suficiente para

que el socialismo baje del Olimpo abstracto de las intenciones y se someta, con el capitalismo, al análisis concreto de los resultados.

»Un socialismo que tiene que mantenerse con el telón de acero y los archipiélagos Gulag es evidente que no ha instaurado la libertad, sino la tiranía. Un socialismo que depauperó a uno de los países más desarrollados de Europa —Checoslovaquia— y que se caracteriza por el despilfarro inversor, la minimización de las rentas salariales y la baja productividad, es evidente que no conduce al paradisiaco bienestar, sino a la austeridad forzada. Pero, aunque sea igualando al nivel de la pobreza coactiva, ¿ha logrado, por lo menos, suprimir las diferencias de clase? Si así fuera, habría satisfecho no el deseo de autodeterminación y de superación del hombre normal, pero sí el resentimiento de los frustrados. Lo cierto es que, al terror y a la pobreza, el marxismo añade un clasismo nuevo y brutal.

»La primera gran denuncia fue la de Djilas en su famoso libro *La nueva clase*; pero aquélla fue una descripción anecdótica, no una interpretación estructural. A lo largo de la última década se ha avanzado bastante en esta línea, sobre todo a partir del poco conocido informe de dos universitarios polacos posteriormente expulsados del partido, K. Modzelewski y J. Kuron (traducido al castellano bajo el título *Socialismo o burocracia*), y de numerosos estudios monográficos sobre los países colectivistas. Estos son los hechos esenciales:

»1. En el Este, más que "socializar", se ha estatizado la economía. El capitalismo mixto del mundo libre —propiedad privada y subsidiariamente pública de los medios de producción— ha sido sustituido por el capitalismo monopolista de un dueño único, el Estado.

»2. Todos los trabajadores han pasado a depender de un solo patrón, que fija autoritariamente los salarios, las inversiones y el reparto de la renta nacional. Se produce así una inapelable y permanente militarización de la mano de obra. El empleado ya no tiene nada que negociar, sino que ejecutar.

»3. Para planificar, dirigir y controlar toda la actividad económica, se crea un extensísimo y complejo mecanismo de gerentes, técnicos y administrativos que, a su vez, requiere una organización fiscalizadora.

»4. Como el Estado asume simultáneamente todos los poderes políticos y económicos, y como el "Partido Comunista»

monopoliza la autoridad, es el Partido quien domina la economía y la política.

»5. El Partido es una minoría férreamente estructurada en una pirámide de funcionarios seleccionados por cooptación, según su ortodoxia y disciplina.

»6. Esta burocracia es la nueva clase, que es supercapitalista en el sentido de que dispone de todos los medios de producción internos, salvo la mano de obra; pero que es burguesa en el sentido de que, salvo excepciones, tiene unos ingresos relativamente discretos. La desigualdad no es tanto salarial cuanto jerárquica: la burocracia o aparato del Partido, a diferencia del resto de los ciudadanos, detenta el Poder, con lo que ello entraña de prestigio y capacidad de realización individual.

»7. Esta burocracia tiene su interés de clase, que es mantener y perfeccionar su posición hegemónica; aspira, como los grandes empresarios, a poseer más fábricas y, como los mariscales, a disponer de más fuerza. Para ello destina la mayor parte posible de la renta nacional a la acumulación de capital, a servicios de información y propaganda, a la política, al Ejército, y a la subversión exterior, lo cual le permite extender su área de influencia.

»8. A fin de satisfacer ese interés, típicamente clasista, la burocracia tiende a reducir el consumo y, por lo tanto, los salarios hasta el mínimo vital y aún por debajo de él. Esto es bastante factible, puesto que el proletariado está indefenso ante un empresario único y todopoderoso. En ningún otro sistema económico se encuentra el obrero tan inerme. Análogamente a lo que ocurre en el capitalismo occidental, en el capitalismo estatal del Este hay un excedente entre producción y salario, una plusvalía, cuya administración se reserva el aparato del Partido. Según el informe antes citado, en la Polonia de 1962 el trabajador industrial percibió como salario poco más de la cuarta parte del valor de lo producido; el resto lo empleó la burocracia en multiplicar su potencia. Y los salarios, que en 1949 representaron el 78 por 100 de la renta nacional, descendieron al 69 por 100 en 1953.

»9. Independientemente de las gravísimas contradicciones económicas del sistema, la desigualdad creada por el marxismo es la mayor de las actuales, por la exigüidad de la minoría preeminente y por la abismática distancia que separa al trabajador y a la oligarquía del Partido. Es, además, una desigualdad trágicamente alienadora, porque afecta no tanto a los bienes mate-

riales cuanto a la identidad personal: sólo una fracción de la burocracia puede ser ella misma y pensar.

»En suma, el aparato del Partido es la nueva clase, una de las más cerradas y dictatoriales que ha conocido la Historia. El marxismo no sólo ha batido una marca contemporánea de terror, de insuficiencia para lograr el bienestar colectivo, y de dilapidación de riqueza en la carrera de armamentos, sino también de desigualdad entre los privilegiados y el pueblo. Esta es la nuda realidad; lo demás es ensoñación o reclamo.»

Dos imágenes gráficas de esa desigualdad en los regímenes comunistas, ruso y chino, nos las ofrecen, respectivamente, dos libros publicados en 1976: uno, del soviético Jean Valtin, y otro del chino popular Li Yizbe. Tenemos a la vista sendos comentarios.

Del primero, releemos una reseña publicada en el número 41 de UNIVERSITE LIBRE y debida a la pluma de Cecilé Pages, tomamos los recortes que siguen:

«La obra de Jean Valtin *Sans Patrie ni Frontières*, publicada en 1948, pero inmediatamente prohibida por la censura, ha sido reeditada, en versión prudentemente expurgada. Nada ha perdido de su actualidad. El autor cuenta en ella los veinte años que pasó al servicio del Komintern, del que acabó siendo expulsado por "desviacionismo". Los defectos del Partido Comunista adquieren bajo su pluma un relieve extraordinario, porque están observados desde el interior. Pero estos defectos son, en realidad, inherentes a la noción misma del Partido.»

En la cabeza del Partido observa:

«Un pequeño número de hombres, casi por completo inaccesibles, que piensan la acción y toman sus decisiones. Esta élite todopoderosa vigila, también, la rectilínea intelectualidad de los militantes a fin de eliminar a los elementos para ella indeseables. La necesidad de una depuración regular es, por otro lado, una constante de todos los partidos.

»"Hemos aprendido a guardar nuestra lengua. En el Partido las herejías se descubren con una gran facilidad y eficacia que sobrepasan la de la Inquisición española."

»A decir del autor, estas víctimas de la depuración representan cifras impresionantes.

»Naturalmente, los "gordos" jamás aceptan riesgos y se con-

tentan con actuar desde detrás de las cortinas, suscitando insurrecciones y perturbaciones, sin preocuparse de la sangre actualmente vertida.»

«Este irrealismo, este desprecio de la vida humana, son tanto más chocantes cuando mientras los militantes y el pueblo chocan, la élite sigue disfrutando su *dolce vita*: En vagones especiales y lujosos, de vacaciones en las ciudades, con juegos a la moda. Así es como un agente encuentra a su jefe, "muy lejos de las barricadas de la guerra de clases, ocupando un apartamento lujoso, en un hotel elegante, acompañado por una hermosa bailarina de Berlín".»

De la base de los militantes dice:

«Estos deben aplicar, sin discusión, las órdenes que proceden de arriba, con una tenacidad y una abnegación admirables ...»

«"El Partido, ante todo". ¡Cuántos montones de cadáveres yacen bajo este epitafio! Cuando un hombre pertenece al Partido es que este hombre le pertenece verdaderamente, en cuerpo y alma, sin restricción posible.

»Por otro lado, una militante afirmaba: "No me ilusiono. Sé en dónde estamos. Somos prisioneros, física e intelectualmente. Nuestros cuerpos y nuestros espíritus están confinados en un espacio estrecho, con unos muros altos y sin ventanas, que nos rodean por todas partes. Esta prisión tiene su nombre. Este nombre es la disciplina del Partido, la cosa más intolerable que jamás haya podido inventarse".

»Pero esta disciplina es necesaria, ya que sin ella el Partido no podría vivir. "Cilly levantó su copa y dijo: 'Viva el Partido', aunque tenía los ojos llenos de lágrimas."

»Así, los militantes aparecen como un instrumento, un simple engranaje de la gran máquina que es el Partido, prisioneros de una grandiosa comedia.»

Luego no puede faltar la "inevitable burocracia":

«Actuando como una pantalla entre la élite y la base militante, el aparato burocrático es canal inevitable de transmisión de las órdenes, contribuyendo a paralizar las iniciativas particulares y a diluir el sentido de la responsabilidad.»

Y, por fin, muestra al pueblo:

«¿En qué se convierte, a todo esto, el pueblo por el que se dice combatir? Se le deja vegetar en la miseria, se le acuna entre ilusiones y se le prometen siempre felicidades para el futuro. Las observaciones de Jean Valtin pueden unirse a las constataciones de André Malraux: "La revolución juega el papel que otras veces jugaba la vida eterna." "Si Mao pretendiese que la religión es el opio del pueblo, ¿no se trataría más bien de la revolución?" Esto mismo es lo que parece concluir Jean Valtin.

»Tal es el cuadro que traza, sin complacencia, del Partido Comunista un hombre que le han consagrado veinte años de su vida, veinte años de una dedicación total. Ante una generosidad tan admirable, hay una cuestión que, sin duda, debe plantearse: ¿Cómo se explica la fuerza seductora que ejerce el Partido sobre los hombres del temple de Jean Valtin? Su estudio contiene la respuesta: el Partido propone una fe que enrola a sus militantes en nombre de la solidaridad humana. En el fondo no hace otra cosa que parodiar los valores del cristianismo y movilizar las energías para cumplir lo que podría denominarse "la cruzada de los tiempos modernos".

»... Ante la decepción del autor, ante su amargura, cuando contempla la vida destruida por los engaños de la causa en que creía, acaso convenga preguntar si no ha llegado ya el momento, por fin, de hacer servir a las fuerzas vivas de los hombres para otra cosa que no sea la defensa de ideologías o de Partido que los engañan y mutilan lo real.»

El comentario del libro de Li Yizhe pudo leerse en PERSPECTIVES, firmado por A. G., y al mismo corresponden los siguientes recortes:

«La obra *Chinois, si vous saviez*, no es una obra de principal importancia. Sin duda, constituye un pequeño volumen, que acaba de aparecer en la excelente "Biblioteca Asiática". Sin embargo, a los ojos de los occidentales, esta obra salva el honor intelectual de los chinos. Se dudaba de que los chinos admitiesen como verdades reveladas todas las afirmaciones que cotidianamente recibían de los medios de comunicación; pero se esperaba que el espíritu crítico, el coraje y el buen sentido, debían sobrevivir en ellos. He aquí la prueba escrita:

»¿Qué dice Li Yizbe? Aparentemente, no dice más que cosas muy convencionales: cita a Mao Tse-tung, critica al traidor Lin-Piao. En realidad, cita a Mao poco y maliciosamente. Y, al criticar a Lin-Piao va más lejos del objetivo. Veamos algunos ejemplos de esta prosa explosiva: "La caída de Lin-Piao no significa la muerte del sistema Lin-Piao, porque los procesos según los cuales se ha producido han hecho subir al poder a ideólogos que ya no temen nada tanto como el ascenso de las masas populares".

»Li Yizbe denuncia la aparición de «una capa privilegiada al estilo ruso», pidiendo que "todos los derechos democráticos legítimos de las masas populares se garanticen". Li Yizbe se pregunta: "¿Vamos a contemplar, sin reacción alguna, cómo esta nueva nobleza, esta nueva burguesía, adquiere cuerpo?".

»Si se duda de la carga contestataria que contienen para China estas proposiciones, es suficiente referirse a la violenta refutación oficial que provocó. Li Yizbe se ha visto tratado de "planta venenosa", acusado de "perjudicar las directrices del presidente Mao", de pretender restaurar el capitalismo. También se le ha calificado de "clown de su especie", que debía ser arrojado al esterecolero de la Histeria.»

El fallo de la igualdad no constituye el único fracaso del socialismo. Hay otros que no sólo se producen en los países que se llaman comunistas, sino también en los países occidentales que practican política socialista o social-demócrata, o socializante, en aras de la igualdad.

La crítica del igualitarismo y de lo autojerárquico llega también desde el nuevo cientismo, apoyado, sin duda, en datos científicos, aunque, como todo cientismo, traza andamios metacientíficos, con los que quiere cubrirse aquello a que la ciencia no puede llegar, despreciando toda metafísica y cerrándose en un materialismo y un operativismo racionalista y cuantitativo. Este es el caso del movimiento G. R. E. C. E., del que se ha ocupado VERBO, núm. 165-166, especialmente, de su máximo representante, Alain de Benoist, autor del libro "VISTO DESDE LA DERECHA". Con este mismo título, Manuel Fraga Iribarne se ocupó de comentarlo en la tercera plana de ABC del 2 de septiembre de 1977, de donde recortamos los párrafos referentes a la crítica del igualitarismo desde la perspectiva de la ciencia actual:

«No es posible resumirlo en su misma riqueza. Pero la gran sinfonía tiene un tema básico: la reputación del mito progresista, de poner fin a la Historia, de liquidar de una vez todas las tensiones y conflictos, de suprimir los riesgos, de igualar a todos,

de quitar el premio al esfuerzo y a la hazaña, de someter la política a la economía, y así sucesivamente.

»Una gran parte de la argumentación acumulada procede del análisis de las tendencias más originales de la ciencia actual. El progresismo, liberal primero y socialista más tarde, se basó en los conocimientos físicos y biológicos del siglo XVIII y del primer tercio del siglo XIX. Dichos conceptos han sido profundamente revisados posteriormente, pero la izquierda (antes orgullosa de su apoyo científico) se ha negado a recogerlos.

»En particular, la moderna biología ha destruido todos los prejuicios sobre el sentido de la vida y de la convivencia, en particular el mito de la igualdad natural de los hombres. La vida, dice S. Lupasco, no sólo es heterogeneidad, sino heterogeneidad creciente; la muerte, por el contrario, es el retorno a lo homogéneo, al mundo físico; análogamente, el desarrollo económico, social y político son a base de división del trabajo, de especialización, de diferenciación.»

«... Monod, como Lupasco, como J. Rostand, confirma que la selección natural es inevitable, y que existen serios peligros de que la llamada "sociedad de bienestar" cultive la antiselección, persiguiendo a las "élites", a los grupos más capaces, que son los que hacen (con su esfuerzo) avanzar a las masas. La evolución, para ser positiva, ha de aceptar el liderazgo de los más dotados, como ocurre en todas las especies.

»Esto nos trae al problema del "orden" y de la "jerarquía". Konrad Lorenz ha subrayado la importancia de estos principios en toda organización de seres vivos. Podemos colocar como queramos los minerales de una colección, o los cuadros de una exposición; pero los lobos de una manada o la población de un gallinero tienen su propio orden, que no es posible alterar. Hay ejemplares "alfa" o dominantes que ejercen un liderazgo natural. La agresividad y la defensa son fenómenos naturales; desde que nacen, los animales (en virtud de programas nerviosos y musculares hereditarios) saben que otros seres son peligrosos para ellos, y proceden en consecuencia. Defienden su "espacio vital" contra otros, y también contra la superpoblación del mismo, con una combinación de técnicas de predación y autorregulación. El hombre, durante mucho tiempo más cerca de la Naturaleza, siguió las mismas reglas; se concebía a sí mismo como lo que es realmente, el mayor predador, un carnívoro capaz de inventar armas y usarlas con temible eficacia. La sociedad hu-

mana se basa en las desigualdades, dice Robert Audrey: entre hombre y mujer, entre padre e hijo, entre cazador y agricultor. Por ello el liderazgo es natural, la diversidad necesaria, la selección inevitable: "El hombre puede dominar la naturaleza, no cambiarla".»

Según Konrad Lorenz:

«... al desaparecer los factores externos de selección (el hambre, el frío, la enfermedad), es la propia sociedad la que debe organizarla; en vez de destruir (por un mal entendido igualitarismo y humanitarismo) los últimos restos de la competitividad humana. No es posible aceptar que los criminales salgan de los sanatorios psiquiátricos para volver a matar; ni que las escuelas superiores estén llenas de inútiles para toda labor intelectual.»

Hoy, estamos, peligrosamente —según prosigue Fraga—, ante:

«... Una ideología del "mínimo esfuerzo" que rechaza la jerarquía y la coacción, y que intenta revivir la utopía del "estado de naturaleza": todo ello ausente de realismo y de madurez intelectual y moral.

»Uno de los efectos más peligrosos de esta actitud es su impacto en la educación de los niños y de los jóvenes. Se ha querido reemplazar la educación tradicional por otra más amable y simpática: el resultado ha sido desastroso. Es ya célebre la dramática rectificación del doctor Benjamin Spock, el clásico norteamericano de la educación infantil, el ídolo de las madres americanas durante una generación, que ha reconocido el fracaso del sistema, concluyendo en lo que ya sabían los pedagogos griegos y romanos: que "los niños necesitan autoridad". La educación antiautoritaria ha producido niños neuróticos y jóvenes rebeldes; ha producido no la felicidad, sino la frustración y el odio de las nuevas generaciones. El joven que no encuentra una jerarquía y unos valores rechaza toda función y se convierte en un parásito de la sociedad débil, que no sabe dársela.

»Por supuesto, las sociedades organizadas por el marxismo renuncian, en cuanto pasó la etapa revolucionaria, a las doctrinas con las cuales han minado previamente aquellas que deseaban derribar. La escuela se convierte en autoritaria y selectiva, la jerarquía es clara y terminante, todo el mundo ha de trabajar si quiere comer, y así sucesivamente; y, por supuesto, sin rastro de libertad ni de discusión.

»Ahora, un número considerable de intelectuales izquierdistas se vuelven por ello a la tradición anarquista. Un ilustre profesor de Ética acaba de recordarnos que su interés por el marxismo se ha transferido a las doctrinas ácratas. Lo cierto es que las sociedades humanas deben evitar los dos polos del totalitarismo y de la anarquía. Ni la comuna china, ni la Sorbona de mayo de 1968. Pues bien, lo otro es una sociedad donde tenga un valor la tradición continuada y renovada en cada generación; donde el orden sea flexible, pero real, apoyado en instituciones sólidas; donde haya una distinción entre lo público y lo privado, con fronteras variables, pero ciertas; donde se acepten jerarquías merecidas y ascensos justificados; donde la evolución y la reforma predominen sobre la utopía revolucionaria; donde la mayoría acepte que el trabajo, el ahorro y la honradez son la única posibilidad de avanzar.»

Tiene razón Alain de Benoist al afirmar que el progresismo, liberal primero y socialista más tarde, se basó en los conocimientos físicos y biológicos del siglo XIX y del primer tercio del XX, aunque también cabe advertir de que su cientismo se apoya en el estado de estos conocimientos científicos en el siglo XX, que, sin duda, no serán definitivos, y que tampoco supera con su materialismo el vacío metafísico que la ciencia por sí sola no puede llenar. Pero, aun así, es muy cierto y evidente que los nuevos hallazgos de la ciencia confirman aquello de que no dejaban duda los saberes antiguos acerca de que el igualitarismo es antinatural y antisocial.

El fenómeno de la política igualadora perturba la economía, daña el bienestar y produce injustos desequilibrios. Y eso ocurre también en los países no comunistas ni marxistas. Veamos cómo lo expone Francisco José de Saralegui en los últimos párrafos de su reiterado artículo:

«En su lucha por alzas continuas de salarios, están acosando a los dividendos de tal manera que falla el capital. Y se están despreocupando tanto de la productividad que falla la capacidad de competir. Por otra parte, los aumentos lineales decepcionan a los mejores. Así, con escasas inversiones y con los hombres capaces desanimados, se llegará a la igualdad, sí; pero en la quiebra y en el paro.

»Hoy lo revolucionario es ser fiel a las grandes verdades, a la razón iluminada por la experiencia, al sentido común; y no prometer más de lo que se puede dar. En este mundo que sólo habla de derechos hay que hablar de deberes; en esta sociedad,

permisiva y desatenta, hay que proclamar que sólo el trabajo y la sobriedad fundamentan el progreso; en estos tiempos de crisis económica conviene aclarar que no hay fórmulas misteriosas ni magos de las finanzas, que tan odiosa es la excesiva desigualdad como la excesiva igualdad, que lo verdaderamente humano es esa diferenciación moderada que causa la armonía. Un país, como una familia, sólo es digno en el trabajo y la austeridad: únicamente estas virtudes conducen al ahorro, a la inversión, a la competitividad; por tanto, al progreso propio y a la posibilidad de ayuda a los demás: limpios fines de la vida.

»Un relanzamiento no ficticio sólo podrá basarse en esas premisas. Tan malo es que los empresarios reclamen demasiadas seguridades invocando la libertad como que los trabajadores exijan excesivos salarios apelando a la justicia.

»La primera limita —en imprecisa frontera— con el egoísmo; la segunda, con la envidia. Pecados capitales muy respetables. Pero no se puede destruir un país para dar satisfacción a los egoístas o a los envidiosos.»

La situación en la que en España nos ha dejado el afán igualador del régimen extinto —y que sigue manteniendo y promete e intenta acrecentar el actual, en el que aunados por el mismo afán vemos a bastantes de “los mismos perros con distintos collares”, en buena armonía con socialistas y comunistas declarados— nos la ha vuelto a mostrar Juan Miguel Villar Mir, que ya la anunció siendo ministro de Hacienda— dando lugar a una protesta estrepitosa de los sindicatos del viejo régimen, que le llevó a desistir de la política que anunciaba como necesaria, pero ¡no dimitió!—. Pues bien, Villar Mir, no exento de preocupaciones igualitaristas que no acaba de distinguir totalmente con la justicia distributiva, aunque vislumbre la distinción, nos ha expuesto en tercera plana de ABC, precisamente con el título “JUSTICIA DISTRIBUTIVA”, los fracasos, deficiencias y nocivas consecuencias de la política de igualación de rentas, iniciada por el antiguo régimen y que el actual no hace sino agravar, sea de motu propio, o bajo la presión de huelgas y manifestaciones ruidosas, consensos y motivaciones políticas.

«En cualquier país, el primer indicador de la justicia, en sentido social y económico, es la propia distribución de la renta entre los factores que contribuyen a generar la producción nacional.

»Estos factores son, en cualquier sistema de producción y en cualquier latitud, el trabajo y el capital. De las rentas disponibles que resultan en cada actividad productiva, una parte ha de re-

munerar el trabajo y otra parte ha de destinarse a la continua y necesaria formación de capital.

»En general, las naciones más progresivas y más desarrolladas destinan mayores porcentajes a remunerar el trabajo, si bien manteniendo siempre unos niveles correctos de remuneración al capital; es decir, a los ahorros invertidos en actividades creadoras de empleo y de renta; pues, en efecto, por un lado es justo remunerar el ahorro para compensar la privación de consumo que implica, y, por otro lado, si baja en exceso la remuneración de los capitales invertidos, la inversión se reduce —en la agricultura, en la industria o en los servicios— y se produce el mayor daño social, el de la carencia de empleos.

»¿Qué porcentajes de la renta nacional van al trabajo, al conjunto de los asalariados en forma de sueldos, salarios y Seguridad Social? Con los últimos datos publicados por la O. C. D. E. correspondientes a 1976, esta participación alcanza valores máximos del orden del 70 por 100 en los países más desarrollados socialmente, como Inglaterra, Suecia y Estados Unidos de Norteamérica. En Alemania ese porcentaje es 62,4; en Francia, 60,3; en Italia, 63,4.

»¿Cuál es la situación en España? El trasvase de renta desde los poseedores de capital hacia los trabajadores ha sido espectacular. Hace diez años, el porcentaje de renta destinado a los trabajadores era sólo el 56; en el año 74 estábamos en el 61,8, y en el año 76 alcanzamos el 66,6. Esto expresa que hoy en España el trabajo se beneficia de las rentas disponibles en proporción claramente mayor que en Alemania, Francia o Italia, por ejemplo, lo que debe ser un motivo de satisfacción para los españoles que venimos contribuyendo, cada cual desde su responsabilidad respectiva, a esa progresista evolución de nuestra sociedad.

»Hemos avanzado mucho y de prisa. Pero el avance ha sido tan rápido que, en una etapa de crisis económica, ha implicado una grave merma de los excedentes netos de explotación de las empresas, que en los últimos tres años se han reducido aproximadamente a la mitad en el conjunto nacional, llegando a cifras récord en Europa por su pequeñez. Y, naturalmente, al reducirse tan bruscamente la remuneración a los capitales invertidos, la consecuencia inevitable ha sido una disminución de inversiones que, efectivamente, desde hace tres años venimos sufriendo, con tintes cada vez más graves.

»Sin duda, en nuestro país, como en todos, se siguen produ-

ciendo situaciones particulares injustas que deben ser denunciadas y corregidas a título individual; pero es un hecho que, en cifras totales, futuros avances económicos del conjunto de los trabajadores, manuales o intelectuales, no pueden alcanzarse sino produciendo más; es decir, incrementando la productividad, y no por supuestas redistribuciones de rentas. España ha alcanzado una situación verdaderamente límite en este terreno.»

«Todo lo anterior no implica que la sociedad española sea justa. Bien al contrario, la injusticia económica existe; pero no radica, como hemos visto, en la participación global del conjunto de los asalariados en la renta nacional. La injusticia reside en que existe un elevado porcentaje de desempleo; y reside también en las grandes diferencias de nivel de vida y de bienestar que, en lo económico, separan unos y otros sectores y unas y otras regiones, y que si dan, en su conjunto, una participación media de los asalariados comparable y aun superior a la de buena parte de los países industrializados, dan también diferencias de distribución de rentas verdaderamente excesivas.»

«La singularidad es que mientras en los demás países desarrollados el porcentaje de rentas de trabajo se distribuye entre muchos asalariados (33 a 43 por cada 100 habitantes), en España —como en Italia— el porcentaje total se distribuye entre un número de asalariados muy inferior (25 por cada 100 habitantes). Y a consecuencia de eso tenemos pocos asalariados, aunque proporcionalmente mejor remunerados. Como cifra media nacional y computando siempre las prestaciones salariales y las de Seguridad Social, cada asalariado español tiene de renta más del 230 por 100 de la renta española media *per cápita*, mientras que en los demás países desarrollados, con la excepción de Italia, el asalariado medio tiene de renta del 160 al 190 por 100 de la respectiva renta media *per cápita*. Y, en cambio, muchas familias españolas han de hacer frente a sus necesidades con un solo salario, lo que supone limitaciones en los presupuestos familiares de nuestras clases trabajadoras. Así, la participación del conjunto de los asalariados en la renta nacional es satisfactoria, pero esa participación está concentrada en un número relativamente pequeño de españoles —25 de cada 100— que perciben salarios más altos de lo que correspondería a una más equitativa distribución de la renta nacional. Y junto a ellos hay muchos españoles —mujeres y hombres— sin empleo que desempeñar, y tam-

bién muchos españoles no asalariados —especialmente los trabajadores autónomos de la agricultura y del comercio— con rentas muy inferiores.»

«Todos hemos de aceptar sin demagogia, respecto de la distribución de la renta nacional, dos grandes verdades:

»La primera es que el bienestar material de los trabajadores en su conjunto no puede mejorarse con supuestas redistribuciones de renta, sino sólo con trabajo y productividad. El público reconocimiento de esta verdad por todos los partidos políticos representaría una verdadera toma de conciencia, necesaria para entre todos construir una sociedad democrática y socialmente equilibrada y que, además, de todo eso, presentara una decidida vocación de trabajo responsable.

»La segunda es la necesidad de la moderación de las rentas personales como una verdadera exigencia social. Y reconocer que las presiones de los grupos laborales con mayor poder de reivindicación son en muchos casos, paradójica, pero verdaderamente, antisociales, pues se traducen en disminuciones graves del ahorro de las empresas, en paralización de inversiones y en paro. Con lo que en muchos casos "brillantes" conquistas salariales crean el más grave daño social, el del paro.»

Pero esta búsqueda por las vías fiscal y asistencial de la igualdad resulta infructuosa, porque crea nuevas desigualdades, y dañina, porque ataca a las mismas raíces de la propia economía, comprometiendo así el porvenir. Este es un mal que también padecen, en mayor o menor grado, las "democracias" del Occidente europeo. Nuestro amigo Louis Salleron, en su comentario "L'AVENIR PRÉVISIBLE", publicado en ITINERAIRES, número 214, de junio de 1977, observaba, respecto de Francia, estos hechos.

«Cada año..., las fiestas de Nochebuena baten todos los "ré-cords", y, por ferrocarril o carreteras, las salidas de vacaciones son en todas las estaciones cada vez más numerosas. Tantos signos de inflación (...), pero que a primera vista ofrecen una ilusión de prosperidad, porque los beneficiarios son infinitamente más numerosos, incluyendo especialmente a los asalariados de los sectores protegidos. En resumen, si no nos hallamos ante la inflación galopante, estamos ante la circulación galopante, con los mismos efectos finales, que son los de una gigantesca destrucción de capital, invisible en la contabilidad de la nación, que no registra sino los signos monetarios. Si se piensa que desde

una quincena de años las acciones cotizadas en Bolsa han perdido tres cuartos de su valor real, se mide el empobrecimiento de los franceses, ya que si se arguye que no se trata sino de una transferencia y que lo perdido por unos lo han ganado otros, responderemos que un capital transformado en renta no es un enriquecimiento, y que un capital perteneciente a las personas individuales no enriquece, o por lo menos no enriquece a la nación, cuando se quita a los individuos para transferirlo a las colectividades, en especial si se trata del Estado. Asimismo, todo el mundo se da cuenta ya de que el frenesí de gastos de quienes pueden gastar no constituye sino una "fuga hacia delante" para escapar de los fantasmas del futuro. Es la diversión perpetua, la "fiesta", como se dice tontamente, la droga, en el sentido figurado o exacto de la palabra. Hoy, más aún que ayer, estamos en una sociedad de consumo ...»

Relacionemos estas sensatas observaciones con la aguda síntesis del libro de Jean Madiran "LA DROITE ET LA GAUCHE" (Nouvelles Editions Latines, Paris, 1977).

«Desde principios del siglo XX se han tomado en Francia innumerables medidas legislativas contra las riquezas excesivas y las especulaciones escandalosas: ninguna ha alcanzado jamás a la fortuna anónima y vagabunda, todas han expoliado a los pequeños artesanos, los pequeños propietarios, los patrimonios modestos.»

La relación entre "gordos" y "chicos", "grandes" y "pequeños", ha sido dialectizada, a tono con el dicho "el pez gordo se come al chico", a pesar de que históricamente, en general, ha sido fructífera "la reciprocidad de servicios entre los grandes y los pequeños". Y esto ha sido comentado por Gustave Thibon, en uno de sus "BILLETS", publicados en ITINERAIRES, núm. 214, de junio de 1977: "LES GROS MANGENT-ILS LES PETIT?".

«¿A quiénes llamamos "los grandes"? A aquellos que, sea por sus medios financieros, o bien por la autoridad de que se hallan investidos, tienen a los otros bajo su dependencia y están tentados a abusar de su poder. Destaquemos, por otra parte, que la relación de fuerzas puede invertirse, ya que los pequeños, agrupándose, organizándose, dotándose de jefes (es típico el ejemplo del sindicalismo) llegan frecuentemente a contrabalancear e incluso a tomar en sus manos el poder de los grandes. Pero,

entonces, los representantes y los jefes de fila de los pequeños se convierten, a su vez, en los grandes con todas las posibilidades de opresión que conlleva esa mutación.

»Distingamos, ante todo, entre "los grandes". Hallamos, entre ellos, desde los tiranos de la antigüedad hasta unos mezquinos modernos de la política o de las finanzas, que, efectivamente, se comen a los pequeños en cuanto sus privilegios (dinero, poder, prestigio social, etc.) no son compensados o no lo son suficientemente por los servicios que rinden a la comunidad. Pero hay otros —hombres de Estado, jefes de empresa, inventores, artistas, etc.— que, por su talento, su actividad creadora o su dedicación, no se comen a los pequeños, sino que les ayudan a mejorar su suerte.

»Pero distingamos también entre "los pequeños", ya que los inútiles y los parásitos no se hallan sólo en el campo de los privilegiados de la fortuna o el poder. Incluso diría que en una sociedad como la nuestra se hallan entre los pequeños quienes producen mayor daño. Tal funcionario superfluo (y Dios sabe cuán numerosa es la especie en nuestros Estados hipertrofiados), tal individuo que se inscribe en el paro faltando brazos para ciertos trabajos, tal asegurado social que se da de baja a la menor molestia, son pequeños, en este aspecto, que no nadan en la opulencia, y no son menos "devoradores", puesto que viven a expensas de toda la sociedad, es decir, de algunos gordos, pero también de la masa de los otros pequeños, que trabajan en su lugar y que pagan impuestos y cotizaciones de los que aquéllos se aprovechan.

»Al límite —y la nivelación actual de las fortunas y de las rentas acelera grandemente ese proceso—, vemos dibujarse un tipo de sociedad en la cual, prácticamente eliminados los gordos, no quedarán sino pequeños que se devorarán unos a otros. Hacia esta sociedad inorgánica y sin unidad, semejante a un tejido deformado, en el cual los impulsos son menores y se anulan recíprocamente, que se distiende con las reivindicaciones permanentes de los individuos y de los grupos de presión, todos a expensas del Estado —un Estado omnipotente de derecho y cada vez más impotente de hecho—, encargado de remediar todas las carencias y de satisfacer todos los deseos.

»Hemos ahí muy cerca del mito del Estado, a la vez providencia y vampiro, que, hacia 1850, Bastiat definía genialmente como "la gran ficción por la cual cada uno puede vivir a expensas de todo el mundo".

»La solución no se halla en un igualitarismo, degradante para todos, y, por otra parte, imposible, ya que la colaboración entre los hombres implica la diversidad y la jerarquía de situaciones y de funciones. Se halla en la restauración de un orden vivificante que estimule a cada cual, grande o pequeño, para que sirva al bien común proporcionalmente a su respectiva talla, el débil apoyándose en el fuerte y éste protegiendo al débil, de tal modo que se elimine, en la medida que lo permita la debilidad humana, al parásito y a la opresión.

»En una palabra, se trata de hacer coincidir al máximo el egoísmo y el deber, los dos polos del ser humano, opuestos en apariencia, pero complementarios en la realidad: "servir o servirse", me decía un joven idealista. Para la masa de hombres que no se compone de santos, ni de hombres punta, esa alternativa es evidentemente demasiado brutal. En una sociedad armoniosa la inclinación a servirse tiende a adecuarse a la cualidad de los servicios. Pero cuanto más antinaturales y malsanas son las estructuras de la sociedad —y el semicolectivismo en que vivimos ofrece un ejemplo aplastante— tanto más se arroga cada cual el derecho de servirse en detrimento del deber de servir.»